



ALBERTO ROSSELOT

EL SEÑOR DE LOS INVENTOS

Si hay algo que no le falta a Alberto Rosselot es ingenio. Desde sus inicios, este constructor civil ha vivido y trabajado en la generación de proyectos. No sólo inventó una cátedra en la Universidad Católica y formó parte de la formación del Instituto de la Construcción, sino que estuvo vinculado a la creación de los muebles prearmados y al mecanismo de embalaje de frutas de exportar, entre otros exitosos desafíos.

Por Daniela Hernández Rodríguez • Foto Vivi Peláez



La primera vez que Alberto Rosselot se enfrentó a un trabajo fue por los años 50. Cursaba su último año de Construcción Civil en la Universidad Católica cuando llegó a una incipiente empresa llamada Sodimac. Uno de los antecedentes que le solicitaron para el cargo fue una recomendación personal. Sin pensarlo dos veces, Alberto pidió la solicitud al director de la carrera. “Pero le dije que no quería una carta, sino que él mismo, en persona, fuera a Sodimac a recomendarme. Y así lo hizo”, cuenta.

Tiempo después, recuerda, quien fuera su jefe en la empresa, le comentó que su ingenio había sido determinante para contratarlo. “La vacante era sólo una y otro de los postulantes reunía más antecedentes que yo, pero les impresionó tanto mi modo de presentar la recomendación que optaron por contratarnos a ambos”, confiesa.

En ese entonces, la precoz firma daba sus primeros pasos en el negocio, y el desarrollo de nuevos productos era la principal actividad. De ahí se derivaban las labores de Alberto: entrenar personal e ir generando instancias para la introducción de los nuevos materiales. “Lo más importante que viví mientras estaba en Sodimac, fue la capacitación del personal. Recibíamos a gente que no sabía nada, que venían de otros lugares del país y nosotros les íbamos enseñando en la marcha, mientras trabajaban”, recuerda.

Sin embargo, el desafío estaba en posicionar los nuevos productos que traía la firma. “En pavimentos, por ejemplo, fue la época en que empezaron a aparecer los pavimentos pegados que antes no existían, además de pinturas, revestimientos especiales y aislantes. Era divertido, porque a nosotros la universidad nos enseñaba que para aislar las casas del calor había que ponerles barro con paja, así que después aprendimos a trabajar con esos materiales”, señala.

En esas labores estuvo durante seis años y luego se independizó. La idea no le duró mucho tiempo, pues el llamado de dos empresas suspendió sus planes. “Pizarreño y Maderas Prensadas Cholguán me contactaron para que me fuera a trabajar con

ellos, después de pensarlo me fui a Cholguán porque justamente mi memoria de título la hice sobre las maderas prensadas, que era un producto que no se conocía en Chile y eso me daba muchas posibilidades para desarrollar investigación”, recuerda Rosselot.

Su misión en Cholguán no era muy distinta a la que tuvo en Sodimac; la diferencia era que, como muy pocos, sabía acerca de la madera prensada. Incluso fue llamado a formar parte de un comité asesor para buscar nuevos usos para la madera prensada y la forma adecuada de introducirlo al mercado. “Esto era algo nuevo, que tenía complicaciones y ventajas. En ese contexto, y luego de darle varias vueltas, decidimos aplicar las técnicas del marketing, que se utilizaban en bienes de consumo masivo, a pesar de que nuestro producto era de uso intermedio. Y así fuimos empleando estrategias que no se conocían en el mercado”, continúa.

“Inventamos un sistema para embalar y resulta que con eso se empezaron a exportar frutas. Me acuerdo que en una reunión internacional que tuvimos en Argentina, yo viajé con mis cajitas y había un caballero inglés invitado. Un tiempo después me mandó una revista en la que había reportado sobre mis cajas con una foto mía”.

La oficina de Alberto Rosselot es pequeña y en sus paredes cuelgan varios diplomas, pero uno llama particularmente la atención: se trata de su nombramiento como profesor titular en la Escuela de Construcción Civil de la Universidad Católica. Ese cargo lo ejerció por cinco años y, nuevamente, lo enfrentó a su ingenio, ya que la cátedra que iba a dictar había que inventarla. “Se llamaba Práctica Profesional, era en cuarto año y no tenía ninguna definición. Y aunque el nombre sugería algo, había que generar las condiciones. La idea era que los alumnos que el próximo año iban a egresar estuvieran en contacto con la realidad a la que se iban a enfrentar”, dice.

Cuando el consejo de la CChC aprobó la creación del Instituto de la Construcción en 1993, otra vez Alberto Rosselot asumiría el desafío de participar de un nuevo proyecto,

esta vez como designado para llevar a cabo la materialización del organismo. En conjunto con representantes del MINVU, MOP, las universidades, los colegios profesionales y la Cámara Chilena de la Construcción, dio forma a lo que más tarde se convertiría en el Instituto, organismo cuya misión es realizar estudios y supervisar todo lo relacionado con la construcción.

En la misma línea creativa, hay tres anécdotas que grafican con total claridad el ingenio de Alberto. Una vez, mientras trabajaba en la empresa de Cholguán, se realizó un pedido desde Estados Unidos. Era un producto con dimensiones especiales fabricado en Chile que finalmente fue rechazado. “Empezamos a pensar qué podíamos hacer con todo ese material que ya estaba con medidas determinadas. Y bueno, dije ‘inventemos algo’ y de ahí surgió el principio de lo que son hoy los ‘muebles prearmados’”, relata, y agrega que desde esa pieza fabricaron una serie de estructuras que ellos diseñaron. “Fuimos pioneros”, recalca.

En otra ocasión, cuando la empresa comenzó a exportar, “nos pedían todo con dimensiones especiales y se empezó a generar una serie de recortes”. El asunto era que los trozos se iban acumulando y nadie sabía qué hacer con ellos. Basándose en la experiencia de otros países, Alberto y sus compañeros decidieron incursionar en el tema del embalaje. “Inventamos un sistema para embalar y resulta que con eso se empezaron a exportar frutas. Me acuerdo que en una reunión internacional que tuvimos en Argentina, yo viajé con mis cajitas y había un caballero inglés invitado. Un tiempo después me mandó una revista en la que había reportado sobre mis cajas con una foto mía”, recuerda sonriente.

Una tercera anécdota es que, entre todas las investigaciones y estudios que se hicieron para encontrar nuevos usos al cholguán, Rosselot decidió construir su casa con ese material. “Hice mi casa con un sistema que desarrollé yo mismo, la proyecté y contraté a alguien para que la construyera. Pensé que si duraba uno o cinco años iba a estar bien”, dice, pero pasaron 27 años. Después vendió la casa, pero el comprador vive ahí hasta el día de hoy. Incluso, cuenta con orgullo, su obra la vinieron a visitar algunos extranjeros. “Tengo que demostrarme a mí mismo que creo en lo que hago”, sentencia. **EC**